

Aproximación a las percepciones del paisaje y el territorio en la Depresión Momposina El caso de Paso Carate (San Marcos-Sucre)*

Approach to the landscape and territory
perceptions in Mompox Hollow
Paso Carate´s Case (San Marcos-Sucre)

Heidi Pulido Varon **

Sneider Rojas Mora ***

Recibido: 02/02/2015. Aceptado: 07/05/2015. Publicado: 20/06/2015

Resumen

En este artículo se exponen los resultados de una investigación de enfoque cualitativo y alcance exploratorio que tuvo como propósito reconocer las formas de percepción, vivencia y apropiación del paisaje, por parte de los campesinos y pescadores del sector occidental de la Depresión Momposina (Caribe colombiano), de tal forma que fuese posible aproximarse a la manera en que se construye el territorio. En este documento, además de revisar los aportes teóricos en torno a la percepción del paisaje y el territorio, también se resaltan las percepciones y vivencias que tienen los habitantes de la región de Paso Carate (municipio de San Marcos –Sucre), producto de su interacción cotidiana con un ambiente inundable, así como los componentes afectivos que median la relación entre el ser humano y el medio ambiente.

Palabras clave: Paisaje, territorio, Depresión Momposina, campesinos, pescadores, Caribe colombiano.

Las reflexiones de este artículo son el resultado parcial de la investigación titula-

da “Territorio, paisaje y medio ambiente: percepciones campesinas en la Depresión Momposina” llevada a cabo con el apoyo económico del Centro de Investigación para el Desarrollo y la Innovación (CIDI) y el respaldo académico de los grupos de investigación: Grupo de Investigación Territorio y Grupo de Investigación en Comunicación Urbana GICU de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín).

** Psicóloga, Universidad de Antioquia. Magister en Desarrollo UPB. Docente. Investigadora Fundación Universitaria Luis Amigó. E-mail: heidi.pulidova@amigo.edu.co

*** Doctor en Antropología. UNAM. México. Actualmente coordinador Laboratorio de Arqueología. Docente investigador del Departamento de Antropología. Miembro del Grupo de investigación Medio Ambiente y Sociedad. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Antioquia. E-mail: sneider.rojas@udea.edu.co

Abstract

In this paper, the results of a qualitative-approach and explorative research are exposed. This research had as objective to recognize the perception, living and landscape appropriation forms by farmers and fishermen located in the western of Mompox Hollow (Colombian Caribe), in order to be likely to bring closer to the way people construct the territory. In this paper, not only a revision of some theoretical contributions related to the landscape and territory perception, but also the perceptions and livings of Paso Carate's (San Marcos town- Sucre) inhabitants have, product of their daily interactions with an unflooding environment, as well as the affective components that facilitate the relation between human being and environment.

Key words: Landscape, territory, Mompox Hollow, farmers, fishermen, Colombian Caribe.

Introducción

Para comprender la manera como las comunidades perciben el paisaje y vivencian o se apropian del territorio, se hace necesario considerar los lazos que cotidianamente se articulan y dotan de significado la experiencia de las personas. Para Geertz (1989), el hombre establece tramas de significación que hacen de la cultura una urdimbre, cuyo análisis requiere de un ejercicio interpretativo en busca de significaciones históricamente transmitidas y encarnadas en forma simbólica, dando lugar a expresiones, acciones y objetos significantes de las más variadas especies, en virtud de los cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias.

En estos términos, se asumió la idea de una cultura abierta, dinámica en contraposición a la idea de una cultura estática, poco flexible, limitada y definida desde paradigmas explicativos por rasgos como la raza, la genética o la geografía, de modo que se entiende como una inmensa y dinámica tramoya simbólica, que conforma lo verdadero, lo posible y lo tolerable (Geertz, 1989).

El presente documento da cuenta de la investigación llevada a cabo en el caserío¹ de Paso Carate, ubicado en el municipio de San Marcos (Sucre -Colombia), el cual está constituido por un conjunto de viviendas dispuestas a la orilla occidental del caño Carate, antiguo curso del río San Jorge, y uno de los más importantes cursos de agua permanente de la parte occidental de la Depresión Momposina. En esta región del caribe colombiano, caracterizada por ser una unidad geomorfológica de gran dinámica hídrica, con complejos procesos de subducción y constantes inundaciones (8 meses por año), habita una población campesina llegada a la región a mediados del siglo XX y dedicada a la pesca artesanal, que responde a la descripción de Sociedad Anfibia que utilizara Fals Borda (2002a) en los años sesenta del siglo pasado para referirse a los habitantes de Mompox.

Las investigaciones arqueológicas en la región (Plazas & Falchetti 1981, 1986, Plazas, Falchetti, Sáenz & Archila, 1993; Rojas, 2008, 2010; Rojas & Montejo, 1999) señalan que la zona fue ocupada desde, por lo menos, el siglo IX a.C., hasta los siglos X-XII de nuestra era², periodo durante el cual se construyeron complejas redes de canales y camellones, con las cuales se manejó el exceso de agua (Plazas et al., 1993) y se aprovecharon las tierras para el cultivo de especies que en la actualidad no tienen vigencia en la región (Rojas & Montejo, 2009).

La Depresión Momposina es una de las zonas más extensas y complejas de ingeniería hidráulica de América (Rojas, 2008, 2010). De acuerdo con las investigaciones de Rojas y Montejo (1997, 2006) hacia el año 180 a.C., en los camellones ubicados en frente del actual caserío de Paso Carate, los habitantes de la región construyeron un diseño de canales para el tránsito del agua, que se conoce como “ajedrezado”

1 En Colombia se denomina caserío a un conjunto de viviendas ubicadas en el contexto rural, que pertenecen política y administrativamente a una unidad mayor, como es el municipio. En la mayoría de los casos no se encuentran autoridades político administrativas del municipio, y su organización espacial depende de procesos históricos locales.

2 Puede consultarse Plazas y Falchetti (1981, 1986) y Plazas, Falchetti, Sáenz y Archila (1993).

(Ciénaga de la Cruz), y en ellos se cultivaron extensos campos de maíz, así como la caza y recolección de moluscos, lo que en conjunto constituye un patrimonio material y cultural para la región. En la actualidad, estos espacios de adecuación y transformación prehispánica tienen una mínima vigencia en la experiencia de apropiación de la región, llegando a ser considerados por los habitantes como limitantes para el desarrollo de actividades ganaderas y agrícolas, contribuyendo con sus prácticas al deterioro de los mismos.

Lo anterior evidencia que la construcción territorial que se expresa actualmente, se encuentra desligada de la del pasado prehispánico y obedece, en cambio, a la inserción de las comunidades locales en lógicas socio-económicas y políticas más amplias, que las dotan de nuevos significados y afectos que atraviesan la experiencia territorial, conservando un carácter tradicional de reciente construcción histórica y simbólica con el mismo, y favorece los lazos afectivos, el sentido de identidad y pertenencia, así como referentes consistentes para la interacción cotidiana.

Hoy en día, la región presenta dos situaciones que definen la manera en que se vivencia el territorio en Paso Carate: por un lado la evidente riqueza natural que convoca a diversos actores por su dominio, y por otro el ausentismo y poca efectividad de las políticas estatales. De esta situación surgen tensiones y desencuentros entre el Estado, los terratenientes, los grupos ilegales, los pescadores y campesinos, en las que se revelan posiciones distintas, formas de concebir y apropiar el territorio.

Aproximación a los conceptos de paisaje, percepción y territorio

El paisaje en la presente investigación es entendido como una imagen colectiva formada culturalmente, a partir de la percepción mental de los sujetos que la conforman, y que la codifican en formas, tamaños, colores, movimientos, sonidos, taxonomía de elementos, recuerdos y

relaciones entre seres vivos, clima, luz, etc., dándole un sentido en el presente que viven y una manera de representarlo. En estos términos, el paisaje adquiere una cualidad antropocéntrica (González, 1981; Díaz, 2003), dado que sobre el sustrato físico, biológico o material pesa una concepción humana del espacio percibida, idealizada, priorizada y/o adjetivada que permite percibir un conjunto unitario y atribuirle un valor que puede ser estético, utilitarista o económico.

Gómez (2006) identifica cuatro intencionalidades frente al paisaje: 1) la *estética*, de la cual dan cuenta proyecciones artísticas, literaria y orales, 2) la *vivencial* o *utilitaria*, cuando el paisaje se percibe en términos de provisión de recursos, 3) la *identitaria*, orientada desde valores de arraigo y pertenencia, y 4) la *técnica*, fundamentalmente analítica, que se inclina a facilitar su comprensión y control. Estas intencionalidades, presentes en las diferentes culturas y épocas, son diversas y dan la idea de que el paisaje expresa no solo dinámicas de la naturaleza, sino de los hombres que lo habitaron y lo habitan, así como de las formas de percepción y relacionamiento desde las cuales se construye territorio.

Entre tanto, el territorio fue asumido como un espacio apropiado por un grupo humano para su reproducción física, social y cultural, definido principalmente por relaciones de poder que se expresan en la cotidianidad de los actores sociales. Esto indica que no se supedita a límites físicos o administrativos y que, en cambio, emerge de la afectividad, la valoración y la percepción social:

como zona de refugio, como medio de subsistencia, como fuente de producción y de recursos económicos, como área geopolíticamente estratégica, como circunscripción político-administrativa, como “belleza natural”, como objeto de apego afectivo, como tierra natal, como espacio de inscripción de un pasado histórico o de una memoria colectiva, como símbolo de identidad socioterritorial, etc. (Giménez, 1996, p. 11).

Desde esta perspectiva, se reconocen los flujos de poder y los movimientos globales que permean las dinámicas territoriales, generando desencuentros o tensiones que inciden en las prácticas sociales y en los referentes que establecen los actores para apropiarse y transformar el espacio. Esta apropiación, conceptualizada como territorialidad, se expresa en el conjunto de acciones que se ejercen sobre un espacio geográfico específico, determinando la relación entre los seres humanos y de estos con su entorno, a partir de lo cual se puede comprender el territorio, “pues desde los ejercicios de territorialidad de los actores y sujetos, y de las fuerzas de la historia y del contexto, emergen las marcas que van produciendo y perfilando el sentido de un territorio específico” (Echeverría, 2001, p. 220).

Al reconocer un espacio como propio, al nombrar sus componentes naturales bajo códigos socio-culturales específicos, al defenderlo, caminarlo, explorarlo, poblarlo, explotarlo, etc., se revelan las diversas lógicas que permiten entender el territorio como un “escenario del reconocimiento; [donde] los paisajes que lo forman son los emblemas en que nos reconocemos y cobramos realidad y materialidad ante nuestros propios ojos y los ojos de los otros” (Segato, 2007, p. 73).

En estos términos, la aproximación al territorio partiendo de la manera como se percibe y vivencia el paisaje, es, en primer lugar, una aproximación a la historia de los pueblos, sus conflictos, sus alcances técnicos y a sus visiones de la vida y la naturaleza. Y en segunda instancia, una aproximación a los lenguajes de la relación dialéctica entre ser humano y medio ambiente. De esta manera, se entiende que la percepción y vivencia del paisaje indica una convergencia de aspectos naturales y socio-culturales, que en palabras de Urquijo & Barrera (2009) demuestra la dimensión cultural de la naturaleza y viceversa.

Sin embargo, la visión más representativa del paisaje es la de una entidad externa e independiente, una porción de naturaleza desligada de lo humano, que puede ser percibida, controlada e intervenida, y en la que se deja en evidencia la visión dicotómica del pensamiento

hegemónico occidental, cuyos postulados rompen con las ideas monistas del hombre y la naturaleza que caracterizan a otras sociedades y otras culturas (Descola, 2005).

En la actualidad, las diferencias entre paisajes naturales y artificiales se hacen difusas, pues la idea de naturaleza prístina no intervenida por el hombre es cada vez menos factible, lo cual obliga a entender que el paisaje es resultado de la percepción que se tiene de los sistemas naturales, cuyas dinámicas también se asocian a la acción del hombre, de modo que la percepción del paisaje implica la percepción del encuentro entre el hombre y el entorno natural, así:

como unidad monista territorializada, el paisaje requiere ser visualizado bajo la óptica de quien lo produce y reproduce, lo innova, lo sueña o imagina, lo goza y lo sufre –los locales–, y de quienes lo estudian o interpretan desde afuera o de aquellos que intentan dominarlo sin constituir parte de él (Urquijo & Barrera, 2009, p. 246).

En este sentido, la comprensión del paisaje no puede sujetarse de forma exclusiva a elementos geográficos y biológicos, sino que debe considerar la coexistencia de elementos subjetivos y socio-culturales que se encuentran y desencuentran de acuerdo a contextos y momentos históricos particulares, que marcan las formas de sentir, percibir y actuar en determinados espacios. Así, el paisaje representa una construcción cultural ligada a contenidos físicos del espacio; en otras palabras, el paisaje existe como realidad objetiva, con características y dinámicas propias, pero, a la vez, representa la imagen subjetiva construida de la misma por un grupo social en un espacio- tiempo determinado.

Al asumir el paisaje en relación a un observador, cobra relevancia el proceso de percepción, el cual, aunque inevitablemente involucra aspectos fisiológicos y cognitivos individuales, también se anuda a elementos del contexto social que atraviesan dichos procesos:

La percepción no es un proceso lineal de estímulo y respuesta sobre un sujeto pasivo, sino que, por el contrario, están de por medio una serie

de procesos en constante interacción y donde el individuo y la sociedad tienen un papel activo en la conformación de percepciones particulares a cada grupo social (Vargas, 1994, p. 48).

En este sentido, la percepción no da como resultado una imagen fidedigna de la realidad, esto es, copias exactas del mundo externo, sino que implica un proceso de construcción donde los conocimientos y experiencias previas, los códigos del contexto, la afectividad, entre otros elementos, coadyuvan a matizar la percepción de los objetos y situaciones cotidianas. Así, las posibilidades sensoriales y cognitivas de un ser humano se confrontan “con el aprendizaje social donde los modelos ideológicos tienen un papel importante en la construcción de elementos interpretativos que se conciben como la constatación de la realidad del ambiente” (Vargas, 1994, p. 48).

Lo anterior sugiere que los diferentes grupos sociales y el momento sociohistórico donde se sitúan, tienen un orden social particular mediado por la forma en que la percepción selecciona, organiza, codifica e interpreta del entorno. Este papel de la percepción en el funcionamiento social determina valores, afectos y narrativas particulares que se instalan implícitamente en la interacción social, y permite el sostenimiento de relaciones afectivas y de poder, así como prácticas sociales y cosmovisiones del mundo que se transmiten de generación en generación.

En estos términos, percibir el paisaje implica tanto componentes individuales como colectivos. Las particularidades de la experiencia individual (fisiológica-sensorial y afectiva) dotan de familiaridad las formas y permiten el conocimiento del mismo. En esta experiencia no solo se compromete la percepción visual, sino las impresiones registradas por sentidos como el gusto, el olfato, la audición y el tacto, de modo que los aromas, las texturas, los sabores, los colores conjugan una experiencia integral que, aunada al contexto socio-cultural, predispone a las personas frente a los paisajes.

El paisaje adquiere de ese modo un significado histórico y nacional importante. No es sólo un patrimonio, un bien heredado por la colectividad, sino también, al tiempo, un testimonio y un símbolo de la historia y de la identidad compartidas por esa colectividad. Es así, por todo ello, naturaleza y cultura, materialidad e idea, realidad e imagen (Ortega, 2010, p. 28).

Las palabras de Urquijo y Barrera (2009) al respecto, permitirán recoger parte de lo hasta aquí expuesto como caracterización general del paisaje:

Como producto intelectual y material de un grupo social, el paisaje *forma parte de una cosmovisión completa* que se inserta en un proceso de *larga duración* (Braudel, 1993; Baker, 2004). De hecho, el paisaje es una manera localizada y aterrizada de una cosmovisión que guía el comportamiento humano. [...] El paisaje es también una *unidad física* de elementos tangibles, visibles, olientes, audibles y degustables, que puede tener uno o varios significados simbólicos o lecturas subjetivas de fuerte raigambre estética y ética. Finalmente, el paisaje posee una *escala humana*; es decir, sus distancias pueden ser recorridas a pie y su nivel de análisis se ubica en lo inmediato a la percepción sensorial. La historia de los pueblos, sus aspiraciones y sus logros comunes, su carácter y su psicología, están ligados a sus paisajes (p. 232-233).

En esta medida el paisaje es un elemento fundamental en la identidad territorial, en la experiencia intersubjetiva del colectivo, y su abordaje permite reconocer la forma cómo, en diferentes momentos, los seres humanos se han relacionado con el espacio, las formas de apropiación y relación que se generaron y que coexisten con las del presente.

¿Cómo se percibe el paisaje y se construye territorio en el caserío de Paso Carate (municipio de San Marcos)? Una mirada al pasado y al presente³

3 La investigación se enfocó en estudiar las percepciones que tienen los habitantes del caserío acerca del territorio, el paisaje y el medio ambiente, así como los procesos de comunicación para la apropiación del conocimiento social derivado de las mismas. La población considerada fueron los campesinos y pescadores del caserío (hombres y mujeres), y el camino que se siguió fue de enfoque cualitativo, con un alcance exploratorio, dentro del cual se asumieron como recursos técnicos la revisión cartográfica de la región, aplicación de entrevistas, realización de recorridos, elaboración de cartografía social en talleres locales, análisis georeferencial de los mapas construidos por la comunidad, organización,

Si bien las características inundables de la Depresión Momposina han sido una constante desde principios del Holoceno (Rojas & Montejo, 2009), siendo aprovechadas por las comunidades que habitaron la región desde el primer milenio antes de Cristo, y durante dos mil años (Plazas & Falchetti, 1981), la construcción del territorio demuestra un despliegue de prácticas diferenciadas que se enlazan a movimientos económicos y políticos que, en la actualidad, distan mucho de lo que se presentó en aquel tiempo y por parte de aquellas sociedades.

Los actuales pobladores de la zona, campesinos y pescadores llegados a la zona a mediados del siglo XX, han sido considerados por Fals Borda (2002a) como miembros de una sociedad que llama anfibia, que:

[...] contiene elementos ideológicos y articula expresiones psicosociales, actitudes, prejuicios, supersticiones y leyendas que tienen que ver con los ríos, caños, barrancos, laderas, playones, ciénagas y selvas pluviales; incluye instituciones afectadas por la estructura ecológica y la base económica del trópico, como el poblamiento lineal por las corrientes de agua, las formas y medios de explotación de los recursos naturales, y algunas pautas especiales de tenencia de tierras (p. 21b).

Evidentemente, enfrentarse a paisajes inundables por más de ocho meses al año, deriva en la necesidad de articular la experiencia cotidiana, los saberes y conocimientos al manejo de las aguas como garantías de subsistencia y tranquilidad. Se tiene así que, a través del tiempo, los portadores de la cultura anfibia han leído las particularidades del territorio de forma distinta, lo que implica que el territorio ha sido significado, valorado, transformado y sentido de forma diferente.

Como se dijo antes, las investigaciones arqueológicas en la zona han demostrado que poblaciones prehispánicas diseñaron complejas obras de ingeniería hidráulica, con la cual lograron generar procesos de

codificación y análisis interpretativo de la información, difusión de los resultados de la investigación ante la comunidad local y académica. No obstante, y debido al espacio con el que se cuenta en este documento, solo mostraremos parte de los resultados producto de la aplicación de estos instrumentos, los cuales se encuentran en extenso en el informe final.

territorialidad, en los cuales se asumieron los ciclos naturales y lograron un sostenimiento socio-económico y un orden territorial sujeto a la vocación del mismo y a las potencialidades de las zonas inundables (Rojas & Montejo, 2009). Por el contrario, las actuales lógicas, inscritas en procesos económicos y políticos más amplios, direccionadas por diversos actores, operan desde racionalidades que van en detrimento de las dinámicas endógenas del territorio. Así, por ejemplo, asuntos como las condiciones de inundabilidad son comprendidas como amenaza para las poblaciones y las actividades económicas y conllevan a acciones como desecación de pantanos y el impulso de actividades, como la ganadería extensiva, que propician el aplanamiento de terrenos (Rojas & Montejo, 2009; Pulido, 2014).

La extensa red de canales y camellones y el conocimiento ancestral sobre el territorio, aparece en los actuales pobladores de forma difusa e imprecisa, indicando el desconocimiento del legado ancestral, dando lugar a la perpetuación lógica que impide el verdadero aprovechamiento del potencial territorial y al sostenimiento de problemáticas socio-ambientales como la erosión de los suelos, la disminución de la pesca y extinción de fauna nativa, la agudización de las inundaciones y sus impactos negativos, entre otras. Solo uno de los habitantes, adulto mayor, logra comentar algo cercano a los camellones y terraplenes de las sociedades prehispánicas, pero lo relacionan principalmente con la guaquería:

[...] de Carate pa acá casi no ve, de Carate pa´ atrás sí, hay así largos hasta el caserío, zanja por aquí, zanja por aquí, por aquí, que parece que haya sido maquinaria que lo haya hecho [...] yo le digo tengo 70 años y eso lo encontramos así, no he visto a nadie haciendo esos camellones ni sabemos quién hizo eso [...] encontramos ollas también, ollas adentro de otra olla, así iban hasta cuatro y cinco ollas una grandota y ahí iban metiendo otra más pequeña hasta salir la más pequeñita; pero sin oro apenas como con un polvo así brillante pero no era oro... y la dentadura sí buenecita, esos indios donde ellos están enterrados se encuentra la dentadura buenecita (E15, comunicación personal, 3 de abril, 2012).

Se tiene entonces que la relación con los grandes ingenieros agrícolas del pasado prehispánico posee dos aristas: la primera, mediante la práctica de la guaquería o saqueo del patrimonio arqueológico, y la segunda, con el uso de tractores y maquinaria especializada para desviar el curso de los ríos y así lograr que los campos elevados se conviertan en zonas llanas aptas para el pastoreo de ganadería estacional. Ahora, si bien es cierto que estas prácticas no son generalizadas en la región y son propias de los grandes terratenientes, también es cierto que, debido a las dificultades económicas de los habitantes, muchos de ellos se ven obligados a llevarlas a cabo o hacer parte de ellas. Esta situación de vida conduce a las comunidades de los caseríos y campos de la región, por un camino en el que se reduce la obtención de recursos, fuente de sus propios ingresos.

Es importante anotar que la dinámica de la región, a lo largo de su historia, ha sido compleja; prueba de ello son los doscientos años de vida republicana durante los cuales ha sido escasa la ocupación, o incluso los quinientos quince años de dominio colonialista con historias de explotación y abandono, o aún más los 2190 años de importancia agrícola de la Depresión Momposina en tiempos prehispánicos.

La investigación también logró evidenciar que los campesinos y pescadores de San Marcos mantienen fuertes vínculos afectivos en el territorio, siguiendo de alguna manera sus ancestros al mantenerse cercanos a las ciénagas y caños como hombres del agua, continuando la pesca y los cultivos de pancoger, insistiendo en permanecer en este territorio pese a las adversidades, como indicando que sus luchas “no se han terminado sino que han desarrollado la coraza del ‘hombre-hicotea’” (Fals Borda, 2002c, p. 15b).

Afectividad y percepción social del paisaje inundable y sus recursos

Las condiciones de un paisaje inundable son sentidas por los pobladores como amenaza para su integridad, sus propiedades y

la rutina socio-familiar. Sin embargo, también se encuentran con sentimientos de arraigo y afecto hacia el territorio, denotando un sentimiento ambivalente, donde el territorio se asocia a gratitud, historia familiar, memoria colectiva y, paralelamente, es percibido como dañino debido a las inundaciones periódicas y crecientes de los últimos años, sentidas como castigos, fuente de sufrimientos y daños. Expresiones como las siguientes dan cuenta de ello

Uno le pide a Dios que tanta agua no porque uno queda muy rodeado de agua a la vez, aunque a veces en invierno llegan las ayudas y eso, pero nos perjudica en que uno no puede salir, casi como le digo todo es inundado, aquí no entra tráfico de nada, así se meten en el verano a vender cosas y eso, y en el invierno la mayoría está como si estuviera uno contando ahí que no puede tener salida, y eso se pone muy aburridor no, no, no también sé la dificultad... que uno pasa mucha necesidad en el invierno (E4, comunicación personal, 6 abril, 2012).

Así, la percepción del paisaje y la construcción territorial da cuenta de sentimientos encontrados. Por ejemplo, los adultos mayores que han construido su historia personal ligada al área rural y los ecosistemas del caño y la ciénaga, mantienen un profundo arraigo al territorio que se enfrenta a ideales de progreso y bienestar que son percibidos en otros lugares donde pueden llegar sus hijos y nietos. Las personas más jóvenes asumen posiciones muy similares, lo cual se evidencia en expresiones como:

Bueno, en el caso de mi papa siempre nos ha inculcado que seamos más que él y que de pronto no nos inclinemos mucho a esta actividad [la pesca], porque la verdad es que bueno, no es como un oficio estable para toda una vida, y que el recurso es la pesca, bueno por el mal uso irracional que el hombre le ha dado se ha ido desapareciendo mucha especie [...] uno por acá vive porque es un ambiente que se respira mucha tranquilidad, aire puro, pero si toca salir bueno, ya pensando en ser profesionales y para seguir preparándose, porque la verdad es que esto está duro (E10, comunicación personal, 5 abril, 2012).

La proximidad cotidiana a los ecosistemas del caño y la ciénaga, permite que en la interacción con los mismos medien aspectos

afectivos. Expresiones como, “cuando la raya pasa por aquí”, “la raya es mala”, denotan la cercanía y el encuentro afectivo del ser humano con lo no humano. El territorio y los elementos naturales que lo conforman, han sido significados desde su propia experiencia de vida, la de sus parientes y amigos (Pulido, 2014).

Igualmente, es tangible cómo la mirada utilitarista y estética del paisaje priman en la percepción de los campesinos y pescadores. En efecto, elementos del ecosistema como la fauna, son valorados en tanto permiten sostener actividades productivas y económicas que garantizan los mínimos de subsistencia para la población, tal como destaca el siguiente fragmento:

uno a la vez pa ser uno pobre tiene muchas cosas con que defenderse, ¿por qué? porque sale uno acá a la ciénaga y así consigue el pescado y muchas cosas que uno no tiene que estar trajinando tanto, y a la vez uno acá consigue algo, como lo cambia, como lo vende y así, entonces como tranquilo pero a la vez no me gustaría estar como todo el tiempo viviendo aquí porque yo quiero algún día salir, así sea a vivir a San Marcos, ya tengo una niña y entonces allí es mejor [...] vivir ahorita aja, porque mi mamá vive aquí y uno está aquí y a ella le gusta estar aquí pero ya más adelante ya quiero salir de acá (E11, comunicación personal, 6 de abril, 2012).

Asimismo, la valoración del paisaje en términos estéticos también emerge como una constante en la población, lo bello se asocia al verano, a la posibilidad de recorrer el territorio, a la idea de una naturaleza prístina:

El paisaje es una parte muy bonita, porque es todo tranquilo, todo... mira usted y es todo como verdecito, hay muchos árboles que usted distingue tan bonitos y por medio del paisaje tenemos un aire muy bonito, pájaros, todo libre... en verano esto es muy bonito y usted puede andar y moverse...por medio del invierno se ha acabado con tanto paisaje, así que ya es poco lo que se alcanza a ver, y así no sé, no hay casi mucho que ver, porque se alcanza a ver lo que es el ganado y esas cosas (E7, comunicación personal, 4 abril, 2012).

Lo hasta aquí expuesto evidencia la influencia objetiva y subjetiva de los paisajes y los ecosistemas que albergan el caño y la ciénaga.

Percepciones en torno a los Cambios del paisaje

En definitiva, la población considerada es consciente de los cambios en el paisaje y sitúa las consecuencias negativas que estos derivan en su experiencia vital. Los cambios más reconocidos se relacionan con la sedimentación del caño, la contaminación de la ciénaga, los efectos de las inundaciones y en la extinción de especies.

Específicamente frente a las inundaciones, se identifica que aparecen ante los ojos de los campesinos y pescadores como la causal de los daños ambientales. Tal situación no es percibida en relación a las acciones que la comunidad y otros actores (como terratenientes) implementan con fines económicos o de subsistencia, lo que puede sugerir:

una clara ruptura que se origina desde la visión occidental del mundo, donde la naturaleza es un entramado de elementos sujetos a causas y consecuencias mecánicas pero no a la acción subjetiva u objetiva del humano, en su condición de extractor y tomador de recursos pero no de actor igualitario dentro de las relaciones ecosistémicas (Pulido, 2014, p.762).

De igual manera, las huellas del pasado en el paisaje son desconocidas, así como el potencial que este representa, “las lomas de los indios” indican solamente un lugar donde el imaginario colectivo cree que puede hallar oro u otros elementos. El desconocimiento de la historia de la región sienta así una segunda ruptura (Pulido, 2014) donde se pierden los referentes que permiten una comprensión del territorio más allá de las dinámicas inmediatas o actuales.

Lo anterior redundante en identidades difusas, en sentimientos de continuidad amenazados por las condiciones socio-ambientales y en la imposibilidad de asumirse como agentes capaces de generar movimientos y transformaciones territoriales, lo que, a su vez, los

remite a una constante dependencia de otros actores, en los cuales descansa la posibilidad de existir:

En un futuro me lo imagino, así como va esto va de malas peor, porque primero por el abandono principalmente del gobierno, esto está como abandonado, o sea las entidades que tienen que ver del medio ambiente eso no, de pronto acá no hacen presencia siquiera [...] De lo que se ve es que la situación se va empeorando cada día más principalmente porque no hay apoyo del gobierno (E9, comunicación personal, 4 abril, 2012).

Lo hasta aquí expuesto, las percepciones que del paisaje y el territorio poseen los campesinos y pescadores de San Marcos, indican la estrecha relación de las mismas con procesos sociales de interacción con el medio ambiente. Las particularidades de la región se evidencian no solo en dimensiones geográficas, sino que filtran aspectos subjetivos e intersubjetivos de dimensiones simbólicas y afectivas.

Consideraciones finales

A través de las percepciones del paisaje que las comunidades campesinas de Paso Carate poseen, ha sido posible entender cómo se disponen frente al territorio en su cotidianidad y lo construyen/deconstruyen desde elementos afectivos que se tejen con las condiciones ambientales de la región y las dinámicas socio-políticas que los permean, corroborando que “la relación entre sujeto transformador y objeto transformado es bidireccional: mientras el primero crea y modifica el territorio, el mismo territorio deja huellas y transforma ese sujeto que lo habita”. (Echeverría, 2001, p. 220).

Las percepciones sociales del paisaje en Paso Carate visibilizan cómo las personas territorializan el espacio desde la necesidad de adaptación y la afectividad. Las mismas, brindan una aproximación a las características que adquieren las condiciones territoriales en la intersubjetividad de los campesinos que habitan la región, en los cuales se reflejan tanto arraigo, gratitud y pertinencia, como sentimientos de amenaza y agobio por las épocas en que el invierno cambia el paisaje

y agudiza sus problemas. En conjunto, estas percepciones también permiten leer el territorio más allá de elementos físicos o materiales, para apprehenderlo como una producción social, alimentada por tramas de sentido desde las cuales experimenta y transforma. Así, el territorio:

En el ámbito imaginario, se construye desde el sentido que le reconocen u otorgan los individuos y los grupos al espacio que habitan y a aquel que cabe en su imaginación y que construyen sensible y mentalmente, así como a aquellos espacios de los que se pre-ocupan, desde sus memorias, percepciones, deseos y prevenciones, temores y tensiones, a partir del cual se construyen significados sociales y culturales sobre los mismos (Echeverría & Rincón, 2000, p. 52).

Aunque las percepciones identificadas no se fundan en el legado ancestral, y en cambio sostienen racionalidades que, en su mayoría, ven el territorio de manera diametralmente opuesta al uso prehispánico, no se puede negar que lo percibido por los campesinos se alimenta de procesos históricos y trayectorias sociales construidas en las tradiciones y experiencias familiares, que, anudadas a las condiciones territoriales, marcan una impronta o una forma de territorialidad, que los une a estas tierras pese a las condiciones adversas que puedan experimentar. Esta territorialidad se expresa en lo cotidiano, en formas materiales y simbólicas que concretan respuestas a las percepciones de un paisaje inundable.

De esta manera, el territorio visibiliza y condensa un entramado de registros individuales y colectivos que posibilitan el arraigo, la pertinencia y la memoria como también la transformación y la defensa territorial. Si bien la investigación no se concentró en revisar los discursos que permean la subjetividad y el territorio de los habitantes de Paso Carate, es claro que existen flujos provenientes de contextos regionales, nacionales y posiblemente globales que contribuyen a gestar percepciones sobre el paisaje.

No obstante, pese a los procesos socio-políticos y económicos que atraviesan la región, el territorio emerge y se sostiene en ámbitos locales,

donde tiene lugar lo íntimo, lo familiar, lo cotidiano, lo intersubjetivo. Lo cual sugiere que las posibilidades de un desarrollo endógeno real deben partir del reconocimiento que estas comunidades puedan hacer de sus paisajes; lo que a su vez implicaría un ejercicio territorial donde se mire, entre otras cosas, el legado de las sociedades prehispánicas y se posibilite una relación distinta con las condiciones del paisaje.

La percepción del paisaje va sujeta a la interacción y el conocimiento que se tenga del mismo; de reconocerlo como un articulador de realidades físicas, biológicas, antropológicas y geográficas que convergen y dejan huellas conforme transcurre el tiempo. El reconocimiento que pueda tener una comunidad de sus propios paisajes, otorga pistas para entender su presente y posibilidades de generar mejores dinámicas territoriales.

Agradecimientos

Los autores desean expresar su más sincero agradecimiento a los campesinos y pescadores (hombres y mujeres) del caserío de Paso Carate, por su amable colaboración en el desarrollo de la presente investigación. Igualmente, al profesor Juan David Zapata, del Grupo GICU –UPB, así como a los estudiantes Nelson Zuluaga y Estefanía Piedrahita, quienes participaron en la etapa de campo del mismo. Finalmente, extender los agradecimientos al CIDI y su programa de apoyo a los estudiantes de maestría, que facilitó que Heidi Pulido llevara a cabo sus estudios de Maestría en Desarrollo, en la Escuela de Ciencias Sociales.

Referencias bibliográficas

- Descola, P. (2005). *Más allá de la naturaleza y la cultura*. Madrid: Amorrortu.
- Díaz, F. (2003). Paisaje y territorio. En García, C. (Coord.), *Mediterráneo y Medio Ambiente*. (181-198). Barcelona: Cajamar, Colección Mediterráneo Económico, 4.
- Echeverría, M. & Rincón, A. (2000). *Ciudad de territorialidades. Polémicas de Medellín. Serie Investigaciones 22*. Medellín: Centro de Estudios del Hábitat Popular CEHAP de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.
- Echeverría, M. (2001). Descentrar la mirada: avizorando la ciudad como territorialidad. En Montañez, G. y otros (Edit.), *Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios* (). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fals Borda, O. (2002a). *Historia doble de la Costa. Tomo 1, Mompos y Loba*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República y El Áncora Editores.
- _____. (2002b). *Historia doble de la Costa. Tomo 2, El presidente Nieto*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República y El Áncora Editores.
- _____. (2002c). *Historia doble de la Costa. Tomo 4, Retorno a la tierra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República y El Áncora Editores.
- Geertz, C. (1989). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giménez, G. (1996). Territorio y cultura. *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 2(4), 9-30.
- Gómez, A. (2006). La naturaleza en el paisaje. En Maderuelo, J. (Coord.), *Paisaje y pensamiento* (83-106). Madrid: Abada Editores.
- González, F. (1981). *Ecología y paisaje*. Madrid: Editorial Blume.
- Ortega, N. (2010). Paisaje e identidad en la cultura española moderna. En Ortega, N. y Martínez, E. (Edits.), *El paisaje: valores e identidades* (47-67). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria.
- Plazas, C. & Falchetti, A. (1981). *Asentamientos prehispánicos en el bajo río San Jorge*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República.
- Plazas, C. & Falchetti, A. (1986). La cultura del oro y el agua: un proyecto de reconstrucción. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 23(6), 57-72.
- Plazas, C., Falchetti, A., Sáenz, J. & Archila, S. (1993). *La sociedad hidráulica Zenú, estudio arqueológico de 2000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*. Bogotá: Banco de la República.
- Pulido, H. (agosto, 2014). *Aproximación al territorio desde la relación ser humano-naturaleza: caso San Marcos (Sucre)*. Memorias III Congreso Internacional de Estudios Caribeños. Sistemas políticos, relaciones internacionales e identidades en el Caribe 2013, Santa Marta, Colombia.
- Rojas, S. & Montejo, G. (1999). *Manejo agrícola y campos de cultivo prehispánico en el bajo río San Jorge*. Colciencias, Corpoica y Fundación Erigaie, Bogotá (inédito).
- Rojas, S. & Montejo, G. (2006). Manejo del espacio y aprovechamiento de recursos en la Depresión Momposina. Agricultura Ancestral Camellones y Albarradas. En Valdez, F. (Ed.), *Agricultura ancestral: Camellones y albarradas. Contexto social, usos y retos del presente* (81-91). Quito: Banco Central del Ecuador.
- Rojas, S. & Montejo, G. (2009). Impacto Social y Ambiental del Manejo Hidráulico y uso del agua a lo largo de dos mil años en el caribe colombiano. En Martínez, T. (Ed.), *Riegos*

ancestrales en Iberoamérica. Técnicas y organización social del pequeño riego (63-68). México: Grupo Mundi Prensa.

Rojas, S. (2008). Acerca de la complejidad social y sus referentes en el escenario del bajo río San Jorge (caribe colombiano). *Boletín de Antropología*, 22(39), 271 -294.

Rojas, S. (2010). Análisis espacial y patrones de asentamiento en el bajo río san Jorge (Caribe colombiano). *Boletín de Antropología*, 24(41), 283-305.

Segato, L. (2007). *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.

Urquijo, P. & Barrera, N. (2009). Historia y paisaje. Explorando un concepto geográfico mo-nista Andamios. *Revista de Investigación Social*, 5(10), 227-252.

Vargas, L. (1994). Sobre el concepto de percepción. *Alteridades*, 4(8), 47-53.

